

EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LX

MADRID, 15 DE OCTUBRE DE 1933

NÚMERO 42

Cuántas veces busca el alma

1. Cuán-tas ve - ces busca el al - ma De la pa - tria la que - tud Dou-de hay

The first system of the musical score consists of two staves. The upper staff is in treble clef with a key signature of one flat (B-flat) and a 3/2 time signature. The lower staff is in bass clef with the same key signature and time signature. The melody is written in the upper staff, and the accompaniment is in the lower staff. The lyrics are written below the upper staff.

go - zo y dul - ce cal - ma Y de bie - nes ple - ni - tud. Ha - cia a

The second system of the musical score continues the melody and accompaniment from the first system. The lyrics are written below the upper staff.

que - lla dul - ce cal - ma Vue - la ya mi co - ra - zón; Mi co - ra -

The third system of the musical score concludes the piece. The lyrics are written below the upper staff.

zón, Mi co-ra-zón A la pa-tria, a la pa-tria.

2. Cuantas veces me despierto,
 anhelante siempre estoy;
 cuantas veces me divierto,
 pronto a entristecerme voy
 Cuantas veces me despierto
 nunca satisfecho estoy;
 privado soy (*bis*)
 de la patria (*bis*).

3. Mas despertaréme arriba
 a la imagen del Señor,
 lleno de alegría viva
 al ver a mi Salvador.
 Me despertaré, sí, arriba,
 a la imagen del Señor;
 mi Salvador (*bis*)
 en la patria (*bis*).

DAVID FUGITIVO

(Continuación)

El fracaso en las intenciones de Saul cuando la toma de Queila por David bien podía considerarse como un nuevo aviso de Dios para Saúl, para que dejara de perseguir a David, que tan visiblemente y en tantas ocasiones había sido protegido por Dios. Mas Saúl, cegado por el espíritu de odio y envidia desoía una vez más la divina advertencia y no dejaba de cavilar cómo captar a David.

Este, después de la valiente hazaña de la toma de Queila se había internado de nuevo en pasajes solitarios, esta vez en el desierto de Ziph. Allí recibió la visita inesperada de su amigo Jonatán, que ya no podía aguantar los deseos de verle. Para el pobre fugitivo la estancia y las palabras del amigo de su alma eran un verdadero consuelo. Jonatán le expresó de nuevo su inmutable amistad y le aseguró una vez más, que él, muy al contrario de su padre, veía en David el instrumento elegido y protegido por Dios, el rey futuro y le prometió su ayuda rogándole no perder el ánimo.

Pero estas horas de solaz y alivio para el fugitivo pronto pasaron para dejar paso a nuevos momentos de peligro y angustia. Los habitantes del desierto de Ziph, ansiosos de ganarse el premio que Saul había prometido al que le diese noticias de David, descubrieron al rey el lugar donde el fugitivo estaba. Esta vez el rey, para no fracasar como en Queila tomó las mayores y más prudentes precauciones, y gracias a ellas logró cercar la pequeña tropa de David, que demasiado tarde se dió cuenta del peligro que los acechaba. Todo parecía perdido, cuando Dios de nuevo mostró ser el poderoso protector de su elegido. Ya se regocijaban las tropas de Saul de la para ellos bien segura victoria, cuando llegaron noticias de que los filisteos habían hecho una nueva invasión en el país, y el rey no tuvo más remedio que desistir de la persecución.

De esta lucha con los filisteos Saul salió victorioso y apenas terminada la guerra, reanudó la busca de David. Al saber que éste se hallaba en el desierto de Engadi, alistó a

tres mil hombres, a fin de que ningún lugar, por escondido que fuera, quedase sin explorar. De esta forma esperaba que la presa deseada no se le pudiera escapar. David salió huyendo de un lugar a otro, pero siempre se estrechaba más el cerco de las tropas del rey.

Un día se refugió David en una cueva muy profunda, y apenas quiso descansar de las rudas fatigas de su huída, cuando él y sus compañeros oyeron a la entrada de la cueva ruido de armas y voces, que bien pronto conocieron ser las de Saul y de sus oficiales. ¡Cuán grande era el peligro! Pero como por maravilla Saúl y su escolta no se internaron en el fondo de la cueva, sino se echaron a dormir a la entrada de ella. Viendo esto los compañeros de David apenas pudieron sofocar gritos de contento y júbilo: ¡Saul durmiendo a unos pasos de ellos! Ahora Dios les había dado la ocasión de salir de su miseria entregándoles a su enemigo implacable. Quitándole del medio, todo había concluído. Así se lo dijeron a David, el cual, en efecto, se levantó y a paso cauteloso y con un puñal en la mano se deslizó hacia el lugar donde Saul estaba durmiendo. Los de David ya contaban los segundos que quedaban a Saúl de vida. Pero cuán grande no fué su asombro al ver que David, en lugar de hundir el arma en el corazón de su feroz enemigo, no hizo sino cortar un pequeño trozo del borde del vestido de Saúl! Cuando David había vuelto a ellos, por miradas y exclamaciones en voz baja le dieron a entender, que su conducta le era completamente incomprensible. ¡Cómo había podido David desaprovechar tan admirable ocasión de librarse de su enemigo para siempre y sin peligro! Mas David les reprendió duramente diciendo: "Dios me guarde de hacer lo que vosotros queréis. Saúl, a pesar de todo, es el rey ungido e instituído por Dios y con tal no cometeré yo un asesinato cobarde. Dios me ayudará, pero no por estos medios impíos, viles y cobardes. Tal nobleza de ánimo no comprendieron muchos de los compañeros de David y

buena gana tenían algunos de hacer lo que David había omitido. Pero David se lo prohibió tan terminantemente, que no se atrevían a desobedecerle.

De este modo Saúl poco tiempo después pudo salir de la cueva sano y salvo. Unos momentos más tarde también David se levantó para seguir al rey. De nuevo sus compañeros se quedaron perplejos del atrevimiento de su caudillo, que, según ellos, iba a la muerte segura. Pero David confiaba en Dios y su protección y a grandes voces gritó: "¡Mi señor y rey!" Saúl se volvió bruscamente y en este momento David se inclinó haciendo la reverencia que era debida al rey. Saúl se quedó atónito y lo mismo su acompañamiento, lo cual aprovechó David para seguir diciendo: "Ya ves, mi rey, con toda claridad, cómo mienten todos aquellos, cuando dicen que yo procuro tu mal. Mira aquí, tengo en mi mano un trozo de tu vestido, que corté mientras dormiste. Dios te había puesto en mi mano, pero yo, con la ayuda de Dios, te perdoné la vida, para que comprendieras, que no soy yo, quien busca tu vida. Dios sea juez entre ti y mí; a El he confiado mi causa. El vea, El sustente mi causa, El me defienda de tu mano!"

Saúl al oír estas palabras se conmovió en lo profundo de su alma, y lágrimas de vergüenza y de arrepentimiento empañaron sus ojos, cuando con voz temblorosa contestó: "¡Verdaderamente más justo eres tú que yo! Tú me has retribuido con bien, habiéndote yo pagado con muchísimo mal. Dios te recompense con bien por lo que en este día has hecho conmigo. Ya veo, que Dios está contigo y que es inútil oponerse a sus planes. Así que sólo me queda rogarte, que cuando tú seas rey, no tomes venganza en mi familia. Júramelo, te lo ruego de todo corazón."

Tras estas palabras Saúl y David se reunieron, y David prestó el solemne juramento deseado por el rey, después de lo cual se separaron, Saúl para regresar a la corte, David para quedarse por lo pronto en la misma región.

(Continuará)

Lo que vi cuando era niño

(Conclusión)

Los misioneros que los acogieron con todo cariño, eran mis padres. Yo también estaba allí. Los pobres náufragos daban miedo. Tenían barbas largas, la ropa rota, parecían esqueletos. Habían estado doscientos días, es decir, más de medio año, en el bloque de hielo, pasando la más terrible necesidad. En seguida matamos dos cabras. Los náufragos estaban enfermos de hambre. Con gran agradecimiento para con Dios y para con los misioneros encontraron por fin tranquilidad y descanso. Un reloj, de lo poco que íes quedaba, se lo dejaron como recuerdo a mis padres, y hoy día le guardo yo como recuerdo de éstos.

Hay un tiempo en el año, en el que durante cuatro semanas no sale el sol. Sin embargo, hay transformaciones continuas aun allí donde nos creemos envueltos en noche eterna. En el cielo brillan estrellas sin número. De repente surge en el horizonte un ancho arco de luz; va elevándose y despidе haces de rayos luminosos hacia todos los lados, que van moviéndose hasta que todo el firmamento semeja un mar de llamas en el silencio de la noche. Es la luz zodiacal que aquí no se ve; luego va apagándose hasta hacerse crepuscular, una sombra amarillenta, verde, yace sobre la tierra. Pasan vientos, corren nubes, la nieve se amontona y todo el mundo queda en su choza para recuperar, a fuerza de dormir, energías para el tiempo de claridad. Pues son cuatro semanas, en las que no se pone el sol. Entonces los misioneros, de noche, sin luz artificial, pueden leer; así recuerdo a mi padre querido. Mi madre siempre estaba escribiendo a casa, y yo, al cumplir cinco años y medio, tuve que marcharme de casa de mis padres, sabiendo que permanecería

muchos años alejado de ellos. Conmigo iban otros dos muchachos y tres niñas. En el barco nos mareamos, no queríamos comer nada, porque no nos gustaba, y los marineros nos daban de las provisiones de pescado, que llevaban en cubas. Esto, sí; nos era comida conocida. Además, había allí un saco muy grande con galletas, y casi nos peleábamos por coger unas más que el otro.

Nuestro barco se llamaba "Perú". A lo primero habíamos adelantado mucho, pero había días en que por no correr aire, las velas colgaban como trapos. Entonces comenzaron los marineros a limpiar todo el barco, engrasar las máquinas, y nos contaban cosas maravillosas de lo que habíamos de ver más tarde. En un día tan hermoso y tranquilo, nos llevaron a cubierta, y nos dieron a comer sopas de pasas. De repente el barco se ladeó y nosotros empezamos a rodar entre los cacharros y la sopa derramada. Un marinero nos cogió en seguida y nos metió en el camarote, donde seguimos tambaleándonos y nos mareamos; así que al fin tuvieron que meternos en la cama, y todo esto porque un pez muy grande había pasado nadando por debajo de nuestro barco. Llegamos a nuestro destino al cabo de cuatro semanas, mientras que el viaje, que hicieron mis padres había durado nueve meses. En el colegio nos juntamos ochenta hijos de misioneros, de Groenlandia, Salvador, Africa, Las Indias occidentales, América del Sur y Alasca. Los dos muchachos que viajaban conmigo se hicieron más tarde misioneros, uno en Africa, y el otro en Labrador. Una de las niñas pasó muy pronto a la otra vida en la que sólo reina la alegría. Estos son los recuerdos que tengo de mi infancia, y me alegra pensar que los inuits puedan cantar en su templo con corazón alegre los mismos himnos que nosotros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60. Madrid.